

viene á cuidarle, le trata con más mimo que á una doncella, y no hay quien le aguante sobre si la cebada es fresca ó añeja, ó si el cuartillo es corto ó largo, sin que fuera de esto se le saquen dos palabras.

—Pero este hombre, sea quien fuere, come bien y gasta mejor, y no repara en si la cuenta es mucha ó poca, y esto es lo que importa; que por lo demás allá se las haya y con su pan se lo coma.

—Tan generoso es, que ayer le hurtó uno de los dos criados que aquí tenía ciento cincuenta ducados de la maleta, y se ha contentado con despedirle, y no le ha puesto por justicia. Asuntos ó amores debe traer este hombre, por los que le importe andar encubierto, y siendo persona principal, andar en hábito humilde; y digo hábito humilde en la hechura, que en la tela, no baja de Holanda la ropa blanca, ni de seda la de encima; sin quitar que esta tarde, estando unos palafreneros del conde de Santistéban domando un potro bravo, y sin poderse averiguar con él, el tal Espinosa les dijo:—Quiten allá, que para palafreneros no sirven, ni á ese potro se le ha de tratar así, que no se sacará provecho; tráiganle aquí y aprendan lo que hay que hacer con estos tales.—Y se arrimó gentilmente al caballo, y se montó en él con tal bazarria y desembarazo, que maravilló á todos, y le hizo mal de tal manera, que le dió algunas vueltas por el Campo Grande, y no se conocía que era potro bravo, sino que parecía caballo ya muy aleccionado. Esto se lo decía hace poco, á la caída de la tarde, un paje del conde de Santistéban al chalan gitano que está en la posada, y por las señas que dió del tal

CAPITULO XIV.

De lo que pasó una noche en el cementerio de los ajusticiados.

I.

Al oscurecer de aquel mismo día Gabriel de Espinosa salió del retirado aposento que tenía en la posada Honda, cerca del Ochavo, con sombrero gacho que le tapaba el rostro, espada de gavilanes, daga de ganchos, y capa de tercianela, que el rigor de los calores no permitía llevarla de paño, ni más que de seda, y aún así ligera.

—Que Dios no me dé auxilios á la hora de mi muerte, dijo el ama de la posada al mozo de cuadra que estaba sentado junto á ella, en un banco á la puerta tomando el fresco, si este hombre no es mucho más de lo que parece por su traje.

—Lo que es el caballo que ha traído, es un animal de los buenos bichos andaluces que cuestan un ojo de la cara, y el palafrenero que de la posada del Rinconcillo

hombre, yo conocí que era el señor Gabriel de Espinosa. Y digo yo que amores deben tenerle en Valladolid, porque anoche una mujer muy rebozada en un manto, bajo el cual se la veía una muy rica saya, estuvo hablando con la Mari Gomez, y preguntándola qué hacía en la posada el señor Gabriel de Espinosa, á qué horas entraba y salía, y si venían mujeres á buscarle, á todo lo cual le contestó la Mari Gomez lo que supo, y dice que la dama ó la mujer ó lo que fuera, para darla un ducado, sacó una mano muy fina y muy cuajada de cintillos; que no se la veía la cara porque traía el manto acandilado, y que en la calle se había quedado esperando una vieja dueña á lo que parecía, tan enmantada y tan tapada como su señora.

—Pues sea lo que quiera el buen Espinosa, dijo la dueña de la posada, Dios le dé buena salud y le ayude, por lo generoso que es y por lo bien que paga.

A este tiempo salieron dos hombres de la misma posada rebozados en capas de bayeta con largas espadas al cinto, y echados los sombreros tendidos al rostro, y tomaron la calle arriba.

—Allá van sus criados á servirle, dijo el mozo levantándose, y yo voy á echar pienso á la mula del arcediano, que no quiere que trate con ella otro más que yo.

Y el mozo se metió en la posada.

II.

Gabriel de Espinosa anduvo y anduvo, hasta que

llegó á las tapias del cementerio de los ajusticiados, que se llamaba de San Andrés.

Tocó á la puerta con la mano quedo, y sin duda de detrás de la puerta le esperaban, porque esta se abrió en seguida, volviéndose á cerrar en cuanto hubo pasado Espinosa.

Quien había abierto era un hombre tan rebozado, que no podía distinguirse quién era, porque á más de su rebozo le envolvía la noche oscura, y no se veía en el cementerio más luz que la de un mezquino y ahumado farol que había en una cruz de madera en medio del cementerio.

Al rededor de la cruz y de una manera confusa, se veían los bultos de algunos hombres, y hácia ellos se encaminaron, pasando por encima de los montecillos de las sepulturas, y tropezando acá y allá con alguna calavera y pisando huesos, Gabriel de Espinosa y el hombre que le había abierto.

Cuando llegaron á la cruz, pudo ver Espinosa que eran tres hombres, que junto á la cruz esperaban.

—Buenas noches, amigos míos, les dijo; triste cosa es haber de veniros á buscar rebozado y encubierto como un malhechor, de noche y á un cementerio de ajusticiados, dejando á los criados de trecho en trecho para que avisen si sobreviniese algun peligro ó por estos sitios echaren rondas.

—No se aflija por eso vuestra majestad, señor, dijo uno de aquellos hombres, que por la voz mostró ser el duque de Coimbra; que tras la sombra viene la luz, y ya no están lejos los días claros para vuestra majestad.

—Sentémonos al pié de la cruz como podamos, y cerca los unos de los otros, á fin de entendernos aunque hablemos bajo, y concluyamos lo más pronto posible; separémonos cuanto antes, que si por acaso nos sorprendiesen y nos encontrasen juntos, podría sobrevenir una gran desdicha.

Sentóse sobre una sepultura Gabriel de Espinosa, y los otros tres hombres y el que le habia abierto, se sentaron apiñados á sus piés.

III.

—¿Qué teneis que contarme de vuestros sucesos en Madrigal? dijo Espinosa; que como no hubiera sido prudente enviar carta ni recado, no sé nada y tengo ánsia por saber.

—La señora doña Ana de Austria está muy contenta de vuestra majestad, dijo el duque de Coimbra, y nos ha dado muy buenas recomendaciones para su tío el rey don Felipe, en el asunto aparente que traemos.

—¿Y qué dice doña Ana de mi repentina partida? preguntó Gabriel de Espinosa.

—La señora doña Ana dice, contestó el marqués de Almeida, que vuestra majestad ha hecho muy bien, despues del escándalo del estudiante y de haber sido seguidos aquella noche vuestra majestad y fray Miguel de los Santos, pudiendo escapar sin ser reconocidos por milagro, en salir del pueblo para évitár peligros é inconvenientes; y que aunque ella quisiera tener la felicidad de no perder de vista á vuestra majestad ni un

momento, se consuela con la esperanza de que pronto tendrán fin estos trabajos, y vuestra majestad no tendrá que andar oculto bajo un nombre humilde, ni ella la pesadumbre de estar separada de vuestra majestad.

—¿Y vamos, mi buen conde de Novoa, dijo Gabriel de Espinosa, vos que sois tan aficionado á saberlo todo, sabeis lo que se dice en el pueblo del pastelero Gabriel de Espinosa?

—Dicen, señor, que Gabriel de Espinosa es mucho hombre para pastelero, y que se ha ido á Valladolid á buscar oficio más honrado y de más ganancia, y pueblo más grande donde vivir más ancho y más divertido que en Madrigal.

—¿Y qué dicen de la reina? ¿Qué hace mi esposa? ¿Qué vida trae?

—Su majestad, señor, dijo el duque de Coimbra, vive completamente retirada, y por las tardes sale un rato con su alteza la princesa doña Gabriela y acompañada del buen Gil Lopez, á las huertas que hay á las márgenes del río, á donde nosotros solíamos ir siempre que podíamos hacerlo sin excitar sospechas y acompañados de nuestros criados, no para esparcirnos, sino para servir de guardia desde lejos á su majestad.

—¿Qué semblante tiene la reina?

—Triste, pálida y cuidadosa, señor, dijo el conde de Novoa.

—Historia tan extraña como la mia, no se lee en ningún libro, ni la han visto los nacidos, dijo suspirando Gabriel de Espinosa; con mala estrella nací, y mucho me temo no acabe yo con mala estrella.